

ROY LEWIS: *Sierra Leone*. 263 págs., 31 láminas, 10 dibujos, 6 mapas.
The Corona Library; Her Majesty's Stationary Office, London, 1954.

La personalidad del autor, economista y sociólogo meritísimo, cuyos dilatados viajes por el continente africano le permiten pulsar exactamente la vigente realidad, se revela bien en esta interesante obra recientemente aparecida.

Sierra Leona es uno de los países menos conocidos de Africa, cuya extraña y romántica historia entró en una nueva fase a finales del siglo XVIII en que fué escogido como lugar de asentamiento para los esclavos liberados. Su trayectoria desde entonces ha cambiado bajo la acción de misioneros y gobernantes que tomaron sobre sí la tarea de transformar la entonces llamada «tumba del hombre blanco» en una nueva nación integrada por elementos tan dispares como soldados negros licenciados, esclavos liberados y nativos del hinterland.

Componen la obra una serie de capítulos autónomos entre sí, donde se enfocan múltiples aspectos: el paisaje de Sierra Leona, las tendencias anímicas de sus habitantes, las influencias misionales, el arte y la educación y sinopsis económicas (agricultura, minería, etc.), así como los problemas de africanización y de la interferencia del mundo occidental en la vida actual de los nativos. Sin olvidar la fiel exposición, a grandes rasgos, de la situación política presente y los antecedentes remotos que a ella han conducido. Así, se traza un acer-

tado panorama del caos étnico reinante en la colonia al ser escogida como lugar de los africanos liberados. Como es sabido se había abolido en Inglaterra la esclavitud *de facto* y *de jure* ya en el año 1772 por lord Mansfield al tratar del caso Somerset. En 1787 partió la primera expedición para Sierra Leona. En el primer tercio del siglo XIX, centros americanos, la «American Society Colonization», en primer término, secundaron la acción. Con ello se promueve una amalgama étnica considerable, puesto que a las 28 tribus indígenas ocupantes de los territorios se suman africanos repatriados, nativos de los más distintos confines. Y a esa mezcla racial se une la diversidad lingüística. «Cuando a los africanos liberados se les dió un hogar en Sierra Leona, los filántropos británicos determinaron que su lengua sería el inglés. Porque no tenían idioma común ya que procedían de una variedad de tribus del Africa occidental que hablaban una docena o más de lenguas y los ex soldados de las plantaciones americanas no tenían, en la mayor parte de los casos, otra lengua que el inglés de los negros. Los procedentes de las Indias occidentales habían nacido, principalmente, en el Caribe y hablaban inglés básico de las plantaciones de azúcar.» Tal confuso conglomerado étnico e idiomático es el que vino a constituir el substrato del hoy próspero territorio.

En esta obra se contienen capítulos tan interesantes como el denominado «The wisdom of Njala» donde, en un estilo fluido y sugestivo, se condensa el grave problema africano de la destrucción de los suelos por la erosión, a través de once páginas densas, pero altamente comprensibles para el lector no iniciado. Y también esos deliciosos estudios de la psicología nativa titulados «Borboh», «Borboh grown up» y «Mariama», donde se enfocan las complejidades y sutilezas que radican en el alma negra, todo ello producto de una penetrante observación.

El volumen, en suma, tiene un

gran valor para el conocimiento, enfocado desde un amplio punto de vista, de Sierra Leona en sus múltiples antecedentes y realidades. El considerable material disperso en un sinnúmero de monografías, se encuentra aquí recopilado en cuanto tiene de esencial. Responde fielmente a la idea básica que ha determinado esta colección de volúmenes tan sugestivos: mostrar cómo son los pueblos coloniales, cómo viven y son gobernados. Y todo ello mediante los relatos, no de viajes ocasionales, sino de autores que poseen una experiencia directa de los territorios.—J. C. A.

EUGENE GUERNIER: *L'apport de l'Afrique à la pensée humaine*. Payot, París, 1952; 245 págs.

La obra del señor Guernier, como lo indica el título, responde al propósito de valorar la aportación africana al pensamiento humano, pero dando a la designación «africana» un amplio sentido continental y considerando la palabra «humano» como un equivalente de occidental.

Fundamentándose en recientes trabajos e investigaciones, el señor Guernier se inclina a localizar en Africa la cuna única de la Humanidad. Es en Africa donde el *homo faber*, a través de períodos evolutivos larguísimo, adquiere su conciencia de ser humano y crea toscos instrumentos, convirtiéndose entonces en el *homo artifex* que a favor de migraciones se extiende por Euroáfrica y Euroasia. Es, asimismo, en Africa donde nacerá el *homo sapiens*, etapa de la Humanidad a la que pertenecemos, aunque parezca mentira.

El *homo artifex* procedente de Africa, dejará testimonios de su esfuerzo hacia una civilización en las pinturas rupestres, cuyas numerosas pruebas pueden admirarse desde la Dordogne

(Francia) hasta El Cabo, pasando por España (especialmente Altamira). Todas ellas presentan caracteres emotivos y técnicos muy semejantes. Sus características (alegría de vivir, sentido caricatural, ritmo intensificado de vida, etc.), se observan aún hoy día en el arte negro, cuyas posibilidades de influencia en la actual pintura y escultura occidentales son estudiadas, así como la influencia negro-americana en la música moderna. De Africa también procede en el plano metafísico un antiquísimo concepto monoteísta y una filosofía especulativa que el señor Guernier dice no estar muy alejada de la nuestra, si se la despoja de las alteraciones con que la han ido recargando los siglos.

Considerando la civilización egipcia como una mera rama del tronco africano, el señor Guernier la estudia bajo todos sus aspectos, con predominio de lo literario sobre lo científico en el método, y subraya la importancia de la aportación *bereber* en esa civilización. Por cierto, al apoyo de su tesis, se detiene a estudiar las si-

similitudes existentes entre los tipos físicos e idiomas de los norteafricanos y los fel-lahs egipcios y los coptos, lo cual nos llena de asombro, pues a nuestro conocimiento los fel-lahs egipcios se limitan a hablar el árabe y los coptos son estrictamente los pertenecientes a una Iglesia cristiana y no una raza. Por lo demás, a través de Platón, cuya estancia en Egipto es recordada, todo el pensamiento occidental, nutrido de pensamiento griego, es deudor a Egipto.

No menos importante que la egipcia es la aportación bereber, en particular, dice el señor Guernier, en materia de pensamiento político. La historia de Berbería, que empieza con Cartago, muestra ciertas constantes, también existentes en España ampliamente berberizada, cuales el amor al suelo natal, a la independencia, el respeto a la persona humana, un sentido peculiar de la democracia, etc., lo cual desemboca en sentido universalista. Tertuliano, más tarde inspirador de Bossuet y de los escritores franceses del siglo XVIII, lo mismo que San Cipriano, reflejan en sus obras tal sentido universalista dentro de un esquema conceptual cristiano. Por otra parte, un examen de la organización bereber permite al señor Guernier llegar a la conclusión de que el mundo occidental debe a Berbería el sistema legislativo bicameral, el equilibrio de las asambleas, etc. Resulta obvio señalar lo aventurado y frívolo de conclusiones de este tipo, derivadas de simples semejanzas externas. En el orden filosófico, aparte de la influencia determinante de Egipto sobre Platón, Berbería aporta los conocimientos de la escuela de Alejandría a la ciencia universal, pues el señor Guernier no se para en barras e incluye a Alejandría en el área geográfica bereber... Manilius, también considerado bereber, aporta a la filosofía occidental los fundamentos del determinismo científico y la noción del libre albe-

drío, así como del monismo fenomenal. Pero la máxima aportación, indiscutiblemente bereber ésta, al pensamiento de Occidente, se debe a San Agustín —que influyó en Santo Tomás en forma que es excusado recordar.

En lo que respecta a la emancipación del pensamiento humano, partiendo de la base de que Berbería no es un país árabe, lo cual geográficamente nadie pretende discutir, el señor Guernier se preocupa de estudiar la gran figura de Ibn Rochd, caprichosamente berberizado caso de no ser de origen español, que luchó por liberar el pensamiento de la rigidez teológica islámica, aunque jamás dejara de sentirse musulmán, tratando después de El-Kindi, El Faradi, Avicena y Avempace de hallar una fórmula conciliatoria entre la religión y la filosofía. Su discípulo, el judío Maimónides, aparece por otra parte como un eslabón destacado de la cadena filosófica que va desde Platón a Spinoza y Leibniz, pasando por la mística egipcia.

En cuanto a la aportación bereber al pensamiento sociológico, el señor Guernier la vincula a Ibn Jaldun, tunecino ocasional, pues su familia era sevillana y de origen árabe, aunque sí originalísimo pensador cuyas observaciones y métodos son absolutamente de actualidad y que es uno de los artífices del humanismo musulmán con sentido universalista. Es esta ocasión para el señor Guernier de insistir en su simpatía hacia todo lo bereber. Nadie pretende discutir lo bien fundado de tal simpatía, que los españoles compartimos, pero que resulta desenfocada cuando se nutre de un juicio desfavorable respecto a los árabes que, entre otros juicios, «sólo tienen un sentido biológico de la Historia», aparte de minimizar caprichosamente la aportación indiscutible de la civilización árabe al pensamiento

occidental. Ello nos lleva a sospechar que la tesis del señor Guernier en lo que atañe a Berbería tiene un trasfondo político, totalmente ajeno al pretendido empaque científico de su obra, lo cual le hace fantasear o torcer hechos ampliamente conocidos, cuando no sentar arbitrarias conclusiones, cual incluir en el pensamiento

bereber la escuela de Alejandría, entre otras.

Estos reparos, que son de bulto, restan valor intrínseco a una obra que, por otra parte, dado el tono de divulgación científica que la domina, no contribuirá ciertamente a aclarar las ideas de un amplio sector de lectores.—C. M. E.

DENISE PAULME: *Les gens du riz. Kissi de Haute-Guinée Française*. 232 páginas, 30 ilustraciones, 11 croquis y un mapa. París, Plon, 1954.

El título de este volumen mueve inicialmente a error. Provoca una confusión con relación a otro trabajo de la misma autora («*Les Kissi, gens du riz*») publicado en los tomos VI y VII de *Presence Africaine* en 1949, que constituía una excelente, aunque breve, monografía de este pueblo de la Alta Guinea francesa. El volumen ahora aparecido supone una excelente obra de conjunto que permite llegar profundamente al conocimiento de pueblo tan interesante.

Los documentos etnológicos en que se fundamenta la obra fueron recogidos en el curso de dos expediciones efectuadas por la autora, en unión de André Schaeffner, bajo los auspicios del I. F. A. N. Más de un año de permanencia entre los Kissi, dedicado a perseverantes pesquisas, proporciona el fruto de este sazonado trabajo garantizado por el hecho de ser la doctora Paulme uno de los pocos eruditos que han podido analizar con detalle, en su propio ambiente, a los Kissi. Sobradamente conocidos son los factores que impulsaron a la autora al estudio de este pueblo. Su prolongada atención, confirmada a través de varias monografías, hacia las esculturas en piedra conservadas en el Museo del Hombre (más de 350 en total) motivó el deseo de comprobar de qué manera esas gentes, conocidas como agricultores y «fetichis-

tas», habían reaccionado ante los acontecimientos contemporáneos, especialmente bélicos, que tan profunda transformación han operado en las organizaciones sociales tradicionales. Las aportaciones y sugerencias que, acerca del tema, candente, establece la autora son, pues, del máximo interés. Muchas de las conclusiones que presenta suponen un avance con respecto a puntos que, aunque admitidos, en la realidad han sido rebasados por los últimos acontecimientos.

Esto acontece con aspectos de singular interés. El brusco contacto con las últimas realidades occidentales motiva el que, en general, las sociedades indígenas se disgreguen y naufraguen. «Lejos de tratarse de una sociedad en descomposición que, bajo la influencia de repetidas acometidas, se abandone y pierda la voluntad de sobrevivir, los Kissi ofrecen al observador un mosaico de pequeñas comunidades, en su estructura económica y social, que los acontecimientos exteriores no han perturbado hasta el momento.» Esta categórica afirmación básica de la doctora Paulme se confirma en el análisis de los quince densos capítulos que integran la obra en la que se condensa un completo panorama de la vida material y espiritual de los Kissi, sin omitir ninguna de las manifestaciones que les caracterizan.

El secreto del vigor con que resiste

la sociedad de los Kissi una acción coactiva del ambiente que ha llegado a imponerse a otras organizaciones muy poderosas, reside, según se desprende de esta obra, en la fortaleza y solidez de la familia nativa, cuyos miembros están unidos por «una residencia común, intereses comunes y un mismo culto». Su filiación familiar define las relaciones sociales con el exterior imponiéndose a todos sus miembros. En estas relaciones, aparecen como socialmente indiferenciados, puesto que se trata de una relación de estructura entre grupos. En las relaciones interfamiliares, por el contrario, cada uno posee su estatuto particular. Resulta interesante anotar que esta identificación del individuo con su grupo no excluye la presencia de un factor personal que, en último término, en el clímax de su propia individualidad le obliga a refugiarse en las creencias ancestrales: el culto, la

magia y la hechicería. Es esta una característica común con otras diversas sociedades negras desperdigadas en la extensión del continente. Pero, también en este factor, les individualiza su extremada diversidad en el plano mágico-religioso. Fijados a un suelo relativamente fértil y cuyos horizontes les son suficientes, no cesan en asegurar, por lo menos tanto como su existencia personal, la supervivencia del grupo. Multiplican con este objeto cultos y ofrendas colectivas para obtener las cosechas, esposas e hijos necesarios a este fin. «De aldea en aldea vimos dibujarse claramente una sociedad convaleciente, que se reconstituye y toma conciencia de sí misma.» De las acertadas conclusiones que en torno de estos temas formula la autora, se desprende una sana confianza en el porvenir de esta antigua sociedad negra.—J. C. A.

FRAY ESTEBAN IBÁÑEZ, O. F. M.: *Diccionario español-baanrami*. (Dialecto bereber de Ifni.) Instituto de Estudios Africanos. Madrid, 1954; 336 págs.

En la extensa y a veces profusa bibliografía española de temas científicos marroquíes, merecen siempre atención especial las apariciones de obras referentes a temas bereberes, tanto por lo escaso de dichas obras como por el interés que presentan en relación con los temas ibéricos. Y dentro de lo bereber siempre ha ocupado el puesto de honor la labor erudita de los franciscanos españoles, entre los cuales el P. Esteban Ibáñez, recopilador de la lengua del Rif.

Ahora el P. Ibáñez ha hecho otra obra de más amplio significado sobre el dialecto local de la región del Ifni. Da más amplio significado no sólo porque extiende un estudio comenzado en el extremo borde septentrional marroquí del Rif el otro borde hispa-

nomarroquí del antiatlas marítimo (completando así el cuadro de lenguajes bereberes actuales dentro de territorios de acción española), sino porque al hacerlo ha realizado previamente una verdadera investigación. Es, en efecto, característico del P. Ibáñez el cuidado minucioso con que va recogiendo palabra por palabra, no dando cabida en sus vocabularios a cada una de ellas sin haber sido antes escrupulosamente contrastada en cuanto a su forma y su uso. También respecto a la recogida de éstas la paciencia con que mañana y tarde, durante semanas, meses y años, ha recorrido los territorios berferófonos de estudio, lápiz en ristre, preguntando en zocos, cafetines y otros lugares de reunión el nombre de objetos y cosas. Y luego en otra

segunda etapa igualmente paciente realizando las labores de cotejar vocablos para descifrar y aquilatar sus exactos significados y sentidos, no sólo en relación a los vocablos mismos, sino en su relación con los demás dialectos bereberes y con las evidentes poderosas infiltraciones del idioma árabe.

Respecto a cómo esa labor se ha realizado para preparar el diccionario reciente, ha de tenerse en cuenta que la forma sudialectal bereber del territorio de la confederación de Ait

Ba Amran, a que el diccionario se refiere, no había sido hasta ahora tratada por nadie ni directa ni indirectamente, por lo cual la labor del investigador ha resultado más difícil. Así, el P. Ibáñez ha puesto una vez más orden científico donde no lo había, destacando su trabajo tanto por lo personal como por lo original y metódico. Destacando también, junto con la labor subjetiva, la continuación de la línea científica que a los franciscanos de Marruecos ha distinguido siempre.—R. G. B.

LIBROS RECIBIDOS

F. NICOLAS: «La langue berbère de Mauritanie.»

M. DE LAVERGNE DE TESSAN: «Inventaire linguistique de l'Afrique Occidentale Française et du Togo.»

R. P. ALEXANDRE: «La langue Móre», tomos I y II.